

www.elboomeran.com

Melina Knoll

Un perro solo



Adriana Hidalgo editora

Knoll, Melina,
Un perro solo / Knoll, Melina. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Adriana Hidalgo editora, 2016
127 p. ; 19 x 13 cm. - (la lengua / novela)

ISBN 978-987-3793-64-6

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título.
CDD A863

UN PERRO SOLO

la lengua / novela

Editor: Fabián Lebenglik
Diseño: Gabriela Di Giuseppe

1ª edición en Argentina
1ª edición en España

© Melina Knoll, 2016
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2016
www.adrianahidalgo.com

ISBN Argentina: 978-987-3793-64-6
ISBN España: 978-84-15851-79-0

Impreso en Argentina
Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

El pasado es otro país, allí la gente
hace las cosas de otro modo.
The Go-Between, L.P. Hartley

Los molinos ya no están
pero el viento sigue todavía.
Vincent Van Gogh

Para Irene, mi mamá
Para nuestros perros

I

En la puerta del hotel un cartel miente que es “familiar”. El frente está pintado de color rosa viejo y la letra hache empieza a borrar en los bordes, sutilmente.

Es temprano todavía. Cecilia espera. Ya no es Cecilia Bentancourt, pero tampoco puede regresar al tiempo en que ni siquiera se llamaba Cecilia. No sabe bien quién es ahora, salvo que ahora ni su nombre ni su apellido son ciertos, pero tampoco tiene otros. Va del umbral del hotel al cordón de la vereda dibujando un círculo con sus sucos viejos. Tiene que aprender a usarlos de nuevo.

Por pedido de ella no es el mismo hotel de la vez anterior, ni el de la primera vez. No es que crea que los están siguiendo. Sólo intenta que esos encuentros con Basquet no se conviertan en fotografías difíciles de olvidar después. De los encuentros anteriores apenas si guarda alguna que otra imagen. Una camisa cuadriculada de él, roja y blanca, que le pareció el mantel de una cantina. El papel dorado de un alfajor de chocolate que él le llevó. El roce de sábanas color lavanda que raspaban como papel de lija en el hotel anterior. Y nada más. Sólo unas pocas fotos. Sabe que habrá un par más. Pero no tantas como para armar un álbum.

Una ráfaga del aliento a alcohol de Basquet muy cerca del lóbulo de su oreja izquierda la sobresalta. Creía que él había dejado de tomar. Había estado sobrio en todos los encuentros anteriores. Pero el alcohol reaparecía. El tiempo sin alcohol se asemejaba al territorio ganado al mar. No duraba para siempre.

—Entremos, Cecilia.

Siempre la llama “Cecilia” con dificultad. No comprende por qué debe llamarla con otro nombre. La agarra del brazo y avanzan unos pasos hacia el umbral del hotel. Él toca timbre. Mientras esperan que les abran la puerta, permanecen del brazo, en silencio, sin mirarse. Como si no estuvieran ahí, o como si estuvieran, pero no juntos, no del brazo, no a punto de desnudarse en una cama. Cecilia piensa que ellos dos ahí, vestidos, son dos extraños y que esos dos que periódicamente entran a un hotel y se desnudan tienen otro cuerpo; son otros. Basquet no piensa nada. Está cansado y algo ebrio. Sólo espera que les abran pronto la puerta del hotel. Cecilia no quiere volver a ver el color rosa. Baja la vista deseando que el piso se la trague o que el destino traiga una mano diferente de pintura. Ve las zapatillas de Basquet llenas de agujeros. Piensa que necesita un nuevo par y decide regalárselo.

Alguien abre y entran. Basquet le pasa el brazo por debajo de la cintura. Caminan así hacia la habitación, que una voz masculina les indica que es la del fondo. El pasillo huele a rancio y detrás de lo rancio se abre paso el olor a lavandina aromatizada con pino. Cecilia suspira.

Desentona con ese pasillo. Se siente la figurita de otra colección. Pero de eso se trata, en parte.

La habitación es como una postal de muy mal gusto, de un paisaje nevado del sur argentino. Todo es blanco. Pero muy limpio. Hay una ventana que da a un patio interno. Cecilia descorre la cortina de nailon, que parece de baño, pero no lo es.

Basquet no se acerca a mirar. Pregunta qué es lo que se ve. Cecilia responde que sólo cajas de cartón y revistas viejas. Y ninguna planta. Parece más un depósito que un patio.

Basquet se afloja el cinturón del pantalón de jean. Le cuenta que hace unos años estuvo en esa misma habitación con Elizabeth y, mientras se sienta en la cama, comprueba que el colchón era otro.

Cecilia sabe que él va a nombrar a su mujer muchas veces a lo largo de la tarde. Piensa que es como un tic que tiene; nombrarla, traerla, hacerla parte de la cosa. A ella le es indiferente, que la nombre o no. Así que no le cuesta preguntarle cómo está, más allá de importarle saber cómo tomó el asunto de Rhin en la casa.

Basquet no da demasiados detalles sobre la pregunta acerca de Rhin. Dice que fue difícil los primeros días, pero que ahora Elizabeth se acostumbró a su presencia. Que le gustan los perros. Este no tanto, pero lo soporta. Entiende que es trabajo. Y dinero. Cecilia le pregunta si le dijo la verdad, que el perro era suyo. Hablar de la verdad, siente, le acalambra la lengua y le tensa la voz. Basquet responde que no. Le dijo a Elizabeth que el rottweiler era de un viejo amigo del club, que le pagaba por tenerlo y

por entrenarlo. Cecilia está de acuerdo con la mentira. Dice que si sabe que es de ella, quizá lo envenena. No sabe por qué dice esto. No la conoce.

Basquet bosteza y entrecierra los ojos. Ella no sabe si está a punto de quedarse dormido o jugando a eso para abalanzarse en cualquier momento, como una bestia salvaje. Basquet juega a esas cosas, que sólo a él le divierten. Ella vio a Elizabeth sólo dos veces, pero está segura de que no es la clase de juegos a la que esa mujer quiere jugar. Parece una mujer que no quiere jugar a nada. Y él es como un chico encerrado en un metro noventa. Un chico que juega solo.

Cecilia sigue interrogándolo. Pregunta qué piensa Elizabeth del entrenamiento. Necesita saber cómo van las cosas. Pero interrogar a Basquet a través de la supuesta mirada de Elizabeth le parece una forma más sutil de hacerlo. Y no desaprovecha la oportunidad. Es hábil y sabe tejer redes como las arañas.

Basquet responde que Elizabeth lo mira por la ventana de la casa y que cada tanto comenta que la impresiona el traje de goma espuma. Que le da miedo que el perro se equivoque y lo muerda en un lugar imprevisto. Siente pánico de que le arranque un brazo.

Cecilia le pregunta si compró el traje donde ella lo mandó. Habla con voz entrecortada. Ella también siente miedo, aunque por motivos distintos. Eso no tendría que suceder. Por nada del mundo.

Basquet responde que sí. Habla sin abrir los ojos y con la respiración muy pausada. Le patinan un poco las

palabras. No es un juego. Se va a quedar dormido de un momento a otro.

Cecilia se quita los suecos para poder moverse por la habitación sin hacer ruido. Tiene ganas de salir corriendo. Podría hacerlo. Quedar en hablar después, para verse otro día. En esto piensa cuando Basquet se despierta sobresaltado, se refriega los ojos, se disculpa, tose, se incorpora, avanza hacia ella. En el camino, se baja lentamente el cierre de la campera, saca una caja de madera y la apoya sobre la cómoda. Cecilia ve la caja, pero no hace ninguna pregunta. Espera a que Basquet haga algún comentario al respecto, pero esto no sucede. Basquet se quita la campera y la deja caer al piso. Después prosigue su avance hacia ella, desabrochándose la camisa y sacando el cinturón de las presillas del jean. Le pide que le saque las zapatillas. Lo excita eso. Que sean las mujeres las que le desaten los cordones y le quiten las zapatillas. Más Cecilia que ninguna otra. Pero también Elizabeth, y alguna de esas otras mujeres casadas, del tiempo del club, a las que ve todavía y con las que se mete en alguna cama cuando le avisan que está tendida y libre. Buenas mujeres. Basquet siempre estuvo con buenas mujeres. Cecilia es la excepción.

Ella se entrega al juego. Se agacha y le desata los cordones de las zapatillas rotas. Primero uno y después el otro. Después él la ayuda y levanta los pies. Primero uno y después el otro. Y lo deja en medias. Medias viejas y agujereadas. Que no se quita.

Basquet se agacha para quedar a su nivel y comienza a besarla en las mejillas, en la frente y en la boca.

Cecilia siente que la lengua de él tiene gusto a alcohol y se sorprende de que no le desagrade tanto como pensó. Le pregunta si volvió a tomar.

Responde que sólo whisky barato, mientras mete la mano debajo de su pollera de jean gastado, demasiado gastado para esta nueva Sonia, piensa Basquet, y se las ingenia para bajarle las medias de seda sin corrérselas.

Cecilia le dice que lo lamenta. Y realmente lo lamenta. Sabe que para él, el alcohol es una maldición. Y lamenta que se haya hecho presente esa tarde en ese hotel. Las maldiciones son capaces de arruinar cualquier plan.

Mientras él la penetra, suavemente, ella se abre todo lo que le puede, pero no siente nada.

No sabe por qué, pero prefiere estar completamente desnuda en el momento de entregarle el sobre con el dinero. Así que, antes de volver a ponerse la bombacha, va hacia su cartera, saca el sobre y se lo da. Basquet lo recibe sin abrirlo. Cuando ella le aclara que el dinero alcanza también para un par de zapatillas nuevas, él, indiferente, le recuerda que los perros no usan zapatillas.

Cecilia se viste mecánicamente. Basquet la observa, mientras se abanica con el sobre. Piensa en el tiempo del pueblo, en el que ella usaba medias parecidas, de inferior calidad, pero sin bombacha. No miraba, entonces, sus zapatillas. Sólo le interesaba su desnudez. Y remover cielo y tierra, también juntos, hasta encontrar al padre de Basquet para hacerle preguntas. Tal vez matarlo también, pero después de que hablara. No pudieron hacer nada de eso. Ahora es tarde y son otros. Basquet se incorpora

en la cama. Es hora de volverse a vestir, de irse. Piensa que Sonia, Cecilia desde hace siglos ya, sigue siendo muy hermosa. Pero que ahora va cubierta de un velo extraño y grueso que él bien le arrancaría con los dientes.

II

Elizabeth Vega descuelga el traje de adiestramiento de la rama del roble. Ayer a la mañana lo lavó y lo dejó ahí. Ya está seco. Pese al jabón y la lavandina, huele a Rhin. Siempre olerá a baba de perro, piensa, sólo que, ahora, seca. Desgraciadamente, comprueba, las polillas no se comieron la goma espuma. Está intacto. Lo carga al hombro como si fuera un cuerpo sin vida. Entra a la casa y una vez que lo deposita en la mesada de la cocina, comienza a manipularlo como a un cadáver en el cuarto de autopsia. Lo revisa con cuidado, sobre todo en las mangas. Y certifica que por los cierres abiertos no entraron ratas ni gusanos. Una pena. Se ha ido acostumbrando a la presencia de ese traje. Para ella, ya es como uno de esos parientes que llegan de lejos y se instalan en la casa por tiempo indeterminado. Lo detesta.

Suena el teléfono. Elizabeth deja el traje y atiende. Es Basquet. Comunica que está en camino, que está cerca. Pero que se demoró mucho por problemas en el garaje. Elizabeth pregunta qué problemas, a lo que Basquet responde que lo de siempre. Elizabeth odia la respuesta “Lo de siempre” y pregunta qué pasó esta vez. Basquet explica lo de siempre: que alguien de una móvil no dejó la llave

de su auto, por lo que otro de una fija no puede mover el suyo. Los fijos y los móviles. Suena más a dientes que autos. Hubo que buscar al dueño del de la móvil. No lo encontraron. Hubo que esperar a que llegara. Y recién llegó. Es lo de siempre, pero ella igual quiere escuchárselo decir. Cortan la comunicación. Elizabeth no le cree una sola palabra, pero hace con las mentiras de Basquet lo que viene haciendo últimamente; un bollo de papel, que tira al suelo. Donde sea que mira últimamente, hay de esos bollos de papel. La casa entera está llena de esos bollos. Una mujer inteligente convertida en una estúpida, que se la pasa dando saltos para esquivar esos bollos de papel donde se escriben mentiras. Siempre había sido así. Hacer fuerza para todo. Cambiaba el escenario, pero seguía siendo tracción a sangre. Y, cada tanto, tiene que volver a juntar todos esos pedazos que forman su vida, ponerlos en una carretilla, y arrastrar esa carretilla por caminos de tierra. Son siempre los mismos pedazos. Y la misma carretilla. Cómo se las ingenian para salir de ahí, una y otra vez, es un enigma que ya no intenta resolver. Una pequeña distracción y ya están de nuevo afuera. Es imposible, piensa contemplando el traje, adiestrar esos pedazos. Son más salvajes de lo que puede llegar a ser ese perro con nombre de río. Están rabiosos. Sueltan espuma por la boca. Juntarlos en la carretilla lleva tiempo. Su vida se va en ese tiempo. Pero hay que juntarlos. Porque sin los pedazos acomodados otra vez en la carretilla, no se puede hacer nada en este mundo.

Su memoria no es muy buena con respecto a fijar tiempos exactos, pero Elizabeth recuerda qué estaba

haciendo ella en el momento en que Basquet llegó con el perro algunos meses atrás. Era viernes. Estaba parada en la cocina, cerca de la ventana, apagando un cigarrillo por la mitad, con la gotera de la canilla. La pérdida ya no eran sólo algunas gotas, como al principio, sino un chorro similar al que salía cuando la canilla estaba abierta.

Había pensado en ese momento que tendrían que cambiar pronto el cuerito, o lo que fuera que estuviera roto, o se inundaría la casa. Primero la cocina, y después el resto de los ambientes. Se inundarían ellos dos. Como orilleros en la crecida del río. Pensó que era necesario decírselo a Basquet, aunque no era un tema fácil para él. Volvería a someterla a escuchar su historia. Una vez más, su padre y las canillas. De sólo imaginarlo, se arrepentía de haber malogrado la otra mitad del cigarrillo. Era el último que le quedaba, y no habría más hasta que Basquet tuviera que ir al centro por algo.

Elizabeth había tirado el medio cigarrillo mojado en el cesto de la basura y con la gotera había enjuagado el cenicero, pensando que, por esa clase de recuerdos, nada era sencillo con Basquet. El cuerito roto de una canilla nunca era sólo eso. Era también la historia de su padre, el Troglodita. Todas las canillas del mundo. Toda la sed.

Después se había acercado más a la ventana para echar un vistazo al cielo. El servicio meteorológico había anunciado lluvias aisladas, pero solía equivocarse. Nada indicaba que fuera a llover. Tampoco había mosquitos ni alguaciles. Pero la lluvia podía llegar al otro día. Así que mejor apurarse y salir a tender la ropa.

Había salido de la casa, cargando el cesto de plástico con ropa húmeda, sábanas y algunas toallas, y caminó hacia la soga para tender. En ese momento, la soga todavía se extendía desde una rama del ombú hasta el poste de la luz. Para poder colgar la ropa, debía subir a un banquito de madera. Cada tanto se le aflojaban las patas, por lo que Basquet tenía que ajustar los clavos con algunos golpes de martillo. Lo hacía mecánicamente, sin que ella tuviera que pedírselo, por lo menos, una vez a la semana. “Voy a hacer tu banco”, decía siempre, de pronto, de la nada, sin importar si estaban comiendo, si era de día o de noche. Agarraba su martillo y salía de la casa. No es un hombre capaz de comprometerse a demasiadas cosas, al menos, no con ella. Pero jamás faltaba a esos pocos compromisos que adquiriría entre él y él mismo.

Desde temprano, aquel día, Elizabeth lo había notado inquieto. Silbaba. Se mordisqueaba las uñas hasta hacerse sangrar los dedos. Desaparecía de su vista, se metía quién sabía en qué recoveco. De pronto, aparecía otra vez. Iba y venía de encestar la pelota en ese aro que había conseguido gracias a la quiebra del club, y si bien esto último solía hacerlo seguido, lo de ese viernes era notorio. O quizá le parecía, pensó. Porque los viernes siempre solían ser días muy largos para ella. Los viernes eran sólo ellos dos, sin dirigirse casi la palabra; ella con una conciencia agobiante de sí misma, de Basquet, de la casa que se caía a pedazos y de todo lo que los rodeaba.

No puede ahora precisar en qué momento Basquet se había ido aquel día en que se mordisqueaba las uñas.

Pero sí recuerda cuando una camioneta roja con vidrios polarizados entró desde la ruta y avanzó por el camino de tierra hasta la tranquera de la casa. De esa camioneta bajó Basquet, que estaba sentado en el asiento del acompañante. Después se puso a hablar con la persona que estaba al volante. Trepada al banquito, Elizabeth no alcanzó a distinguir quién era.

Debieron haber pasado veinte minutos, o quizá un poco más. No había más ropa para tender en la soga. Elizabeth saltó del banquito. Se dio vuelta, caminó con el cesto vacío hacia la casa, y no volvió a mirar atrás ni a espiar por la ventana. Sacó del tacho de basura la mitad del cigarrillo húmedo, y lo puso a secar sobre la mesa, a ver si lograba recuperarlo.

Lo próximo que recuerda, ahora, es el motor de la camioneta, encendiéndose. Y, enseguida después, la voz de Basquet, llamándola. Sólo en ese momento se acercó a la ventana. Entonces lo vio por primera vez. Un perro negro con correa y bozal. Después supo que tenía ese nombre de río. Pero cuando miró por la ventana, el perro aún no tenía nombre para ella. Era una presencia extraña que había aparecido de la nada. Basquet forcejeaba para acercarlo a la casa. El perro quería correr hacia la ruta a toda costa.

Ahora, como si fuera la pieza perdida de un rompecabezas, Elizabeth no logra recordar cuál había sido la primera explicación acerca del perro. Se inclina a pensar que mientras tomaban ese café quemado y frío en la cocina, y Basquet le prometía ir enseguida al pueblo a

conseguirle cigarrillos, de lo que único que habló era de tener al perro allí durante un par de semanas. Si él mencionó o no la cuestión del entrenamiento ese primer día no lo recuerda. Pero cree que no. Era un favor, había dicho Basquet. Un favor que, a cambio de dinero, le hacía a un viejo amigo del club que se estaba mudando. Para esa hora, Basquet ya la había obligado a descolgar la ropa húmeda de la sogá, y a tenderla en los respaldos de las sillas. Pero como no tenían tantas sillas, había ropa húmeda puesta en perchas que colgaban de todos los picaportes. Hasta había una percha colgando de la manija del horno, que al día siguiente ya no podría seguir ahí, porque comenzarían los encargos de las tortas de cumpleaños y Elizabeth necesitaría cocinar. Su afición por la repostería, que había comenzado como un *hobby* y, alguien le dijo, también como una forma de meditación, pronto se había convertido en un trabajo. Hasta que Basquet consiguió el turno en el garaje fue el principal sustento económico que tenían desde que el club había cerrado, y cesó su labor como entrenador de ligas inferiores. Lentamente, y con bastante dificultad, a fuerza de vender algunas cosas y trocar otras, ella había ido adquiriendo moldes de todo tipo, mangas para decorar, ingredientes y libros de recetas. De a ratos los contempla orgullosa. Son su imperio. Entre las cosas que Elizabeth le había hecho prometer a Basquet estaba que el perro permanecería estrictamente atado y fuera de la casa, para no entorpecer sus encargos de tortas de cumpleaños, requerimiento que él se había comprometido a controlar que se cumpliera. Por eso fue

que, de inmediato, la mandó a descolgar la ropa de la sogá, que sigue atada al ombú y a la que ahora, a su vez, está atado Rhin.

De aquel primer día no registra mucho más. Es una fotografía velada. Sólo imágenes difusas, ubicadas entre el café y la ida al centro para buscar cigarrillos; Basquet encestando algunas veces la pelota en el aro, Rhin observándolo atentamente, como si entendiera el juego; el sonido de la canilla que seguía perdiendo, y enseguida la noche, deteniendo todo con su oscuridad.

Elizabeth desenchufa la plancha y se tira en el piso para hacerse sonar los huesos de la espalda. Desde el piso, mira el techo, con sus telas de araña y sus manchones negros, que alguien le dijo eran de nicotina, porque el humo sube hasta ahí, y ya no vuelve a bajar, a menos que se trepe a una escalera muy alta, a fregar. Pero no tienen una escalera tan alta. De fondo, todo el tiempo, la gotera de la canilla. Basquet sigue sin arreglarla. Elizabeth se queda dormida. Despierta de golpe, con la nuca transpirada. Rhin entró a la casa, y la está mirando fijo desde abajo de la mesa. Asustada, instintivamente, encoge las piernas, junta las manos y se las lleva al pecho. Pero Rhin permanece inmóvil. Cuando Elizabeth se da cuenta de que no es necesario defenderse, porque él no la está atacando, se le ocurre que quizá el animal entró porque tiene sed y entonces se incorpora, le sirve agua en un bol de aluminio y sale de la casa con la esperanza de que él la siga. Pero el perro permanece estático debajo de la mesa, sin mostrar la menor intención de hacerlo.

Parece un perro embalsamado. Elizabeth maldice a Basquet, y la sogá que sigue atada al ombú, pero sin Rhin. Se le aflojan las piernas. Necesita que el perro salga de la casa, pero no sabe cómo hacer para lograrlo. Mira a un lado y a otro. Quiere gritar, pero no hay nadie. Aquello es un páramo, una isla. Ella y Basquet son dos islas. Ese perro también. Una isla maldita. Ella podría gritar hasta la muerte, que igual nadie la escucharía. Es el tiempo de la sordera de Dios.

Basquet corre hacia ella desde la tranquera, gritando: “¿Dónde está el perro?”. Elizabeth ve que en la mano trae algo, que de lejos parece una caja o un paquete. Rhin escucha la voz de Basquet y sale dando saltos de la casa hasta trepársele a la cintura. No logra tirarlo al piso. A Elizabeth la tranquiliza ver que Basquet es no sólo alto sino también fuerte frente a Rhin. Fuerte aun sin llevar puesto el traje de adiestramiento. Fuerte como una torre alta y pesada. Basquet alza el paquete y lo pone a salvo. Rhin se cansa de saludarlo y lo deja en paz. Basquet avanza hacia Elizabeth apurando el paso. Está agitado. Pregunta qué pasó, si la lastimó, si está bien. Elizabeth siente que lo odia profundamente, como nunca pensó que llegaría a odiarlo. Responde que está bien. Sus palabras son falsas. Monedas de un país que ya no existe. Basquet pregunta si el perro se zafó solo de la sogá y ella responde que no cree que haya habido nadie por allí para ayudarlo. De otra forma, así como él siempre está hablando de la vieja historia de las canillas, ella también habla siempre de lo mismo; de lo solos que están en esa quinta. En el fondo,

no tienen otros temas de conversación. Basquet pregunta si Rhin rompió algo. A esta última pregunta, Elizabeth no responde. Todo está roto, desde antes de Rhin. Quiere irse de ahí y no volver más. Pero sus pedazos están fuera de la carretilla, y así no es posible ir a ninguna parte. Antes, hay que juntarlos. Se mete en la casa y da un portazo. Prende un cigarrillo. Se escuchan algunos ladridos ahí fuera. La puerta se abre minutos después, muy lentamente. Basquet entra. Mira rápido a su alrededor buscando destrozos que no encuentra. En una mano sostiene la caja de madera. Dice que ya lo ató, tan fuerte que casi lo ahorca. Elizabeth piensa, y no dice, ¡qué pena, qué pena que no lo ahorcó de una buena vez. Basquet promete que falta poco y se irá. Y le pide perdón y la llama “Eliza”. Es un perdón que suena sincero. Pero pretende abarcar tanto, enmendar tantos errores juntos, que queda a mitad de camino. Ella lo odia todavía más cuando la llama Eliza. Eli. Y a veces hasta le dice simplemente E. Ya no lo siente amoroso. No lo siente cerca. Lo que siente es que él está lejos, en otro país. Pero pretende reducirla a cero de un solo golpe ahí, en la cocina. Llamándola por un nombre que cada vez tiene menos letras. Algún día no la nombrará más. Basquet se acerca, la abraza. Ese abrazo la llena de una frialdad que le recorre la espina dorsal. Siente un escalofrío. Tiembla. Él se da cuenta. Le pregunta si se siente mal, si tiene fiebre. Ella dice que se siente mal, sí; pero que no es fiebre, es pánico.

Basquet no espera esa respuesta y no sabe qué decirle. Porque no puede calmar ese pánico. No puede salvarla de

eso. Toca el pánico. Toca esa cara de la moneda. Para él también. Entonces, le da la caja que lo acompañó durante todo el día, buscando que, quizá, la consuele, mientras piensa en el Doctor y a él también le pide perdón, una vez más. Por arrebatarle, sin ninguna razón, algo querido. Como si hubiera sido la fatalidad, y no él, quien abrió el baúl del Taunus, quien robó la muñeca. Le dice que abra la caja, que es para ella, y la llama “Eli”. “Eli” es un puñetazo en la boca. Abre la caja. Quita, uno a uno, los papeles de diario, hasta llegar a la Blancanieves más hermosa que vio. Es de porcelana. Basquet resalta que es una antigüedad, que se fije en la etiqueta. La etiqueta cuelga del tobillo de la muñeca, atada a una cintita negra. No la lee, no puede leerla. La vista se le nubla con una bruma hecha de lágrimas y humo. Hay algo en esa muñeca que le provoca una lástima espantosa. Con un hilo de voz, le agradece. Basquet habla, entonces, de merecimiento. Después agarra el traje de adiestramiento de la mesada, y sale de la casa.

Elizabeth sostiene a Blancanieves por los hombros. La hace girar lentamente, como si fuera un títere. Los cuentos de hadas le resultan ajenos, pero la porcelana no. Funciona entre sus dedos, se desliza bien en su piel. De pronto, comprende que su mundo es frágil como esa muñeca. Ella, Basquet, incluso Rhin; son frágiles y están solos. Son islas desiertas de porcelana.

III

Basquet suda debajo del traje desde el momento en que se lo pone. Aunque le queda holgado se siente incómodo; como si él fuera un hombre adentro de ese otro, invencible, que está por fuera. Comienza a asfixiarlo estar ahí, sin escapatoria. En qué momento firmó ese pacto con Sonia, no lo sabe. De la llegada del perro a la orden de comprar el traje para empezar a entrenarlo, hubo sólo algunos días, a los que les faltó la explicación; su pregunta y la respuesta de ella. O la explicación de ella sin necesidad de que él preguntara. Y ahora, desde hacía un mes, este era el nuevo orden del mundo. Había vuelto a ser entrenador, de otra cosa. Rhin, con su mirada fija y ansiosa, lo observa, atado al pie del ombú, incómodo también con la soga en el pescuezo. No dan ganas de entrenar con esa humedad. Correr, saltar, errar, dar en el blanco. Ninguno de los dos quiere, pero deben y lo saben. La ansiedad de Rhin, intuye Basquet, se debe a algo anterior al entrenamiento y a algo posterior, o a ambas cosas. Rhin sabe mucho más que él, pero el silencio es su reino. Sólo es capaz de expresar su consentimiento para entrenar y su ansiedad.

Desata a Rhin, le quita el bozal y, mientras comienza el adiestramiento, recuerda la mañana en que Chacarita

le habló por primera y única vez del juego de revisar los baúles de los autos. Era una tarde de poco movimiento. Llovía. Para Basquet, era la primera vez que llovía en el garaje. Todo se trataba de subir y bajar la rampa, vaciando baldes y recipientes donde se acumulaba el agua de las goteras. No era el turno de Chacarita. Pero estaba allí para ayudarlo y explicarle lo de la lluvia. Porque era otoño y habría más lluvia, mucha más. Y Chacarita no estaría siempre ahí para asistirlo.

Lo del relato del juego surgió en una de esas subidas y bajadas. Chacarita le contó que había empezado como empezaba todo en ese garaje; debido al encierro y al aburrimiento. Y al olor a nafta, claro, que podía llenar la cabeza de ideas extrañas, como una droga. Basquet quiso saber qué se encontraba en los baúles y Chacarita le aseguró que se podía encontrar de todo. Que una vieja, dueña de un Peugeot, tenía guardados como cincuenta paraguas, de todos los tamaños y colores, muchos eran importados según decían las etiquetas y todos estaban rotos. Ninguno servía. Chacarita estaba convencido de que la Peuge los usaba como consoladores. Otra vez, revisando, encontró una bolsa de huesos en el Citroën *beige* de un comandante de la Armada. “Simbad” le decían a ese Citroën. Una bolsa de arpillera, como las de papas. Y adentro, huesos. No eran huesos humanos. Eran huesos de asado. De vaca, y quizá de algún otro animal, más pequeño. Él mismo los había revisado. Pero debía de haber, recordó, como doscientos huesos en esa bolsa. Por qué los guardaba Simbad, no lo entendía. Igual que lo de los

paraguas de la Peuge; incomprendible. Basquet preguntó entonces si había encontrado también en los baúles algo de valor. Dinero o algo que se pudiera convertir en dinero. Basquet no puede olvidar el brillo en los ojos de Chacarita antes de contarle lo del Doctor. Adentro de su baúl había una caja de madera. Y adentro de la caja, envuelta en varias capas de papel de diario, una muñeca de porcelana, de mediados del siglo XX. Debía valer mucho porque era una antigüedad. Y estaba perfecta. Chacarita la había revisado y no tenía ni una rajadura. Y sabía que era de mediados del siglo XX porque del pie le colgaba un hilito con un certificado en el que estaba el año y se decía que formaba parte de una colección. Lo mandó a fijarse, en el segundo subsuelo, que era donde había puesto al Doctor. Estaba bastante inundado, pero eso al Doctor no le importaba, porque ya apenas si salía. Basquet recuerda que fue hasta el tablero y sacó la llave del Doctor. Un Ford Taunus *bordeaux*, modelo 86. Que andaba de milagro. Le caía bien el Doctor. Era un hombre amable. Serio, pero amable, que era la gente que a Basquet más le gustaba en la vida. Los amables, pero serios. Que no andaban por ahí congraciándose con los demás por su simpatía, pero que siempre saludaban con una sonrisa y dejaban propina de vez en cuando. Los simpáticos, no. Sólo dejaban sus chistes y comentarios graciosos, como si se pudiera hacer algo con ellos.

Basquet se acuerda de que esquivando charcos de agua llegó hasta el Taunus y abrió el baúl. Estaba casi vacío. Sólo la bolsa de remedios y la caja de madera. Basquet

abrió la caja, sacó el bulto envuelto en papel de diarios y le fue quitando una a una las hojas, con cuidado de no romperlas. Eran diarios viejos, amarillentos, la mayoría del suplemento de espectáculos. Finalmente, llegó a la muñeca. Quizá Chacarita no se había dado cuenta de que no era cualquier muñeca. Era Blancanieves. La del cuento. Lo decía en el certificado que, efectivamente, colgaba de un hilo atado a su pie. Pero él ya la había reconocido, por su vestimenta, por su piel de porcelana tan blanca y por su pelo oscuro. Por las noches cuando era chico, la madre le contaba un cuento para dormirse. Sin el cuento, Basquet no se podía dormir. Ponía la cabeza en la almohada y pensaba en su padre, el Troglodita, y recordaba la última vez que lo había visto; la tarde en que se había llevado todas las canillas de la casa. Y eso le quitaba el sueño por completo, lo dejaba dando vueltas en la cama y llorando para adentro, sin lágrimas. Pero con el cuento de su madre todo era distinto. Funcionaba como un té de tilo bien caliente, o como una botella entera de whisky. Lo relajaba y le quitaba las imágenes de las canillas rotas. Lo alejaba de su padre y lo acercaba a un mundo de aventuras, princesas encerradas en torres altas y dragones amarillos. A veces, su madre alternaba con algún cuento de hadas. Por eso reconoció de entrada a Blancanieves. Su madre le había hablado de ella. Y Chacarita tenía razón. Era una antigüedad aquella Blancanieves, y debía valer mucho dinero. Basquet la observó detenidamente. La porcelana estaba intacta. No daba la impresión de que alguien hubiese jugado alguna vez con esa muñeca. La

envolvió de nuevo con los papeles de diario, dejándola igual que como la había encontrado. Después la metió en la caja. Y cerró el baúl. Escuchó la voz de Chacarita a sus espaldas, que se preguntaba, también en ese caso, como con la Peuge y Simbad, por qué tenía el Doctor una muñeca de porcelana guardada en el baúl del auto; más allá del motivo, para Chacarita estaba claro que al Doctor le gustaba jugar a las muñecas, aunque era algo que él nunca se hubiese imaginado.

La mañana continuó igual, sin demasiado movimiento. Afuera, la lluvia torrencial, y adentro del garaje, ellos dos, yendo y viniendo de vaciar recipientes y baldes. Nunca habían vuelto a hablar de este tema. Pero de vez en cuando, si estaba solo, Basquet iba hasta el Doctor y se cercioraba de que aún estuviera allí la Blancanieves. No le interesaba revisar ningún otro baúl.

Esa mañana, finalmente, Basquet tomó la decisión de abrir el baúl del Taunus. Ahí estaba la caja de madera, y ahí también, la bolsa con muestras gratis de remedios. Basquet sacó la caja y la escondió dentro de su campera. Después, se subió el cierre. Como si el hombre estuviera ahí, le pidió perdón al Doctor. Ya no volvería a ver a Blancanieves. Pero le prometió que estaría a buen recaudo, en un lugar parecido al bosque, donde había una mujer buena, una casa rodeada de árboles, pájaros, un aro oxidado de básquet y un perro. Después volvió a dejar la llave del Ford Taunus en el tablero, tomó un par de tragos de su petaca de whisky y se sentó a esperar la llegada de Chacarita para el cambio de turno. Se acostumbró a la

presencia de Blancanieves oculta en su campera durante horas. Se sintió en el cuerpo y en las manos el olor a nafta y a perro de los últimos tiempos. Iba a encontrarse con Sonia en el hotel y pensó que habría dado cualquier cosa por tener encima un buen perfume.

IV

Cecilia vuelve del encuentro con Basquet oliendo a sexo y a lavandina, pero en esa casa, su casa, no hay quien la huela. Rhin ya no está. Bentancourt está, pero ausente, deambulando, hablando por teléfono en otro idioma. La ve pasar y le dedica un leve movimiento de cabeza, con la amabilidad que le suele dedicar a los extraños. Ella no retribuye el gesto; los extraños le son indiferentes. Necesita bañarse; un baño de inmersión. Podría permanecer así durante horas, el cuerpo untado con ese ungüento sexual, pero lo que no soporta encima ni un minuto más es el olor a lavandina de ese hotel. Pone el tapón en la bañera, abre la canilla y mientras el agua corre, y la bañera se llena, recuerda el día del entierro de Gino. Una vez más, tiene la certeza de que todos los días que vinieron después son ese mismo día, y de que ya no logrará saltar ni arrastrarse de ese día a ningún otro por más fuerza que haga ni por más tiempo que pase. Envejecerá ese día y morirá ese día también; un día que es como la galera negra de un mago siniestro: su fondo es infinito.

Cecilia sumerge la cabeza debajo del agua, y vuelve a fascinarse con esos sonidos extraños, muchas voces